su conquista, y gritando; Asilo! De nuevo prorrumpió en aplausos el gentío. Después de haber recorrido la galería volvió á meterse en el interior de la iglesia; y un momento después apareció de nuevo sobre la plataforma superior, siempre con la gitana entre los brazos, siempre corriendo con delirio, siempre gritando: Asilo! Hizo, en fin una tercera aparición sobre la cima de la torre de la campana mayor; desde allí pareció que enseñaba con orgullo á toda la ciudad la que había salvado, y su voz tonante, aquella voz que se oía tan rara vez, y que él no oía jamás, repitió tres veces con frenesí hasta la bóveda del cielo: Asilo! asilo! asilo!

—Noel! Noel!—gritaba el pueblo por su parte, y aquella inmensa aclamación fué á asombrar en la otra orilla á la muchedumbre de la Gréve y á la reclusa que esperaba, fijos los ojos en el patíbulo.

LIBRO NOVENO

I

Fiebre

No estaba Claudio Frollo en Nuestra Señora cuando su hijo adoptivo cortaba tan bruscamente el fatal nudo en que el infortunado arcediano había cogido á la gitana y se había cogido á sí mismo. De vuelta en la sacristía, arrancóse el alba, la capa de coro y la estola; púsolo todo en manos del bedel estupefacto, salióse por la puertecilla secreta del claustro, mandó á un barquero del Terreno que le transportase á la orilla izquierda del Sena, y se internó en las montuosas calles de la Universidad, sin saber adonde iba, encontrando á cada paso tropeles de hombres y de mujeres que se apiñaban alegremente hacia el puente de San Miguel con la esperanza de llegar á tiempo para ver ajusticiar á la hechicera, pálido, desencajado, más atolondrado, más ciego y más sombrío que un ave nocturna perseguida en mitad del día por una alegre tropa de muchachos. No sabía donde estaba, si velaba, si soñaba; iba, andaba, corría, dejándose llevar por la casualidad, sin elegir las calles; pero siempre impe-

lido hacia adelante por la Gréve que sentía confusamente detrás de sí.

Salvó así la montaña de Santa Genoveva, y salió en fin de la ciudad por la puerta de San Víctor: continuó huyendo, mientras pudo ver, volviendo la cara, el recinto de las torres de la Universidad y los escasos edificios del arrabal; pero cuando en fin una eminencia del terreno le ocultó enteramente aquel odioso París, cuando pudo en fin creerse á cien leguas de él, en los campos, en un desierto, hizo alto, y entonces le pareció que empezaba á respirar.

Entonces se agolparon á su mente mil horribles ideas: vió con claridad el fondo de su alma y se estremeció; pensó en aquella infeliz mujer que le había perdido y á quien había perdido él; recorrió con una mirada delirante la doble senda tortuosa que había hecho seguir la fatalidad á sus dos destinos hasta el punto de intersección en que los había estrellado desapiadadamente uno contra otro. Sumergióse con alma y vida en los malos pensamientos, y á medida que penetraba en ellos á mayor profundidad, sentía estallar dentro de sí una carcajada de Satanás.

Y examinando así los subterráneos de su alma, cuando vió cuán ancho espacio había preparado en ella la naturaleza á las pasiones, se estremeció aun más profundamente que antes. Removió en el fondo de su corazón todo su odio, toda su maldad, y reconoció con la fría ojeada de un médico que examina á un enfermo que aquel odio, aquella maldad no era más que amor viciado; que el amor, fuente de todas las virtudes en el corazón del hombre, se convertía en una cosa horrible en un corazón de sacerdote, y que un hombre constituído como él, haciéndose sacerdote se hacía demonio. Rióse entonces de una manera horrible, y palideció de repente, considerando el lado más siniestro de su fatal pasión, de aquel amor corrosivo, emponzoñado, rencoroso, implacable, que no había terminado más que en el patíbulo para la una, en el infierno para el otro: ella sentenciada á muerte, él condenado.

Y luego volvió á su amarga risa pensando en que Febo no había muerto; que al fin y al cabo el capitán vivía, estaba alegre y ufano, tenía más brillantes uniformes que nunca, y una nueva querida que llevaba á ver ahorcar á la antigua. Aun fué mayor su delirio cuando reflexionó que de los seres vivos, cuya muerte había deseado, la gitana, la única criatura á quien no aborrecía, era la única que había logrado hacer morir.

Entonces, del capitán pasó su pensamiento al pueblo, y ardió el miserable en celos de una especie inaudita: pensó que el pueblo también, el pueblo todo entero, había tenido delante de sus ojos la mujer á quien él amaba, en camisa, casi desnuda; atarazóse los brazos pensando que aquella mujer, cuya forma columbrada en la sombra por él sólo, hubiera sido para él la felicidad suprema, había sido entregada en público, en mitad del día, á todo el pueblo, vestida como para una noche de deleite. Lloró de rabia sobre todos aquellos misterios de amor profanados, marchitos, desflorados para siempre; lloró de rabia figurándose cuántas miradas inmundas se habían saciado en aquella camisa mal prendida; y que aquella dulce criatura, aquel lirio virgen, aquella copa de pudor y de delicias á que él no hubiera osado acercar sus labios sino temblando, acababa de ser transformada en una especie de gamella pública, adonde el más vil populacho de París, los ladrones, los mendigos, los rufianes iban á beber todos juntos un placer estragado, impuro, infame.

Y cuando procuraba formarse idea de la felicidad que hubiera podido hallar sobre la tierra si ella no hubiera sido gitana, si él no hubiera sido sacerdote, si Febo no hubiera existido, si ella le hubiera amado;

cuando se imaginaba que también le hubiera sido posible á él una vida de serenidad y de amor, que en aquel mismo instante había sobre la tierra seres afortunados, perdidos en largas pláticas bajo la sombra de los olorosos naranjos, en la orilla de los arroyos, en presencia de un sol de Occidente, ó de una noche estrellada; y que si Dios hubiera querido, hubieran podido ser él y ella dos de aquellos seres de bendición, su alma se derretía en ternura y desesperación.

Oh! ella! ser de ella! Esta idea fija que se renovaba sin cesar, le despedazaba, le mordía los sesos, le desgarraba las entrañas. Y no se lamentaba, no se arrepentía; todo lo que había hecho, estaba pronto á hacerlo de nuevo; prefería verla en manos del verdugo á verla en los brazos del capitán; pero sufría, sufría tanto que se arrancaba á veces puñados de cabellos para ver si blanqueaban.

Hubo un momento entre otros en que se le ocurrió que acaso era aquel el minuto en que la horrible cadena que había visto por la mañana apretaba su nudo de hierro al rededor de aquel cuello tan frágil y tan gracioso. Este pensamiento hizo brotar el sudor de todos sus poros.

Hubo otro momento en que, mientras se reía diabólicamente de sí mismo, se representó juntamente á la Esmeralda como la vió el primer día, viva, indiferente, feliz, bien prendida, bailando, alada, armoniosa, y á la Esmeralda de aquel último día, en camisa, con la cuerda al cuello, subiendo lentamente, con sus pies descalzos, la angulosa escalera del patíbulo; de tal modo se figuró este doble cuadro que lanzó un grito terrible.

Mientras este huracán de desesperación trastornaba, rompía, arrancaba, desarraigaba toda su alma, miró la naturaleza en torno de sí. A sus pies, algunas gallinas picoteaban la hierba, los escarabajos de esmalte

corrían al sol; encima de su cabeza, algunos grupos de nubes de un color gris sucio corrían en un cielo azul; en el horizonte, la aguja de San Víctor hendía la curva de la montaña con su obelisco de pizarra; y el molinero de la colina Coppeaux miraba silbando como giraban las laboriosas aspas de su molino. Tranquila toda aquella vida activa, organizada, reproducida en torno de él bajo mil formas, le hizo daño. Tuvo que volver á huir.

Atravesó así los campos corriendo hasta la caída de la tarde. Aquella fuga de la naturaleza, de la vida, de su sér, del hombre, de Dios, de todo, duró todo el día. A veces se tiraba al suelo boca abajo y arrancaba los verdes trigos con sus uñas; parábase á veces en una calle de aldea desierta, y sus pensamientos eran tan insoportables que se agarraba la cabeza con las dos manos, y quería arrancársela de los hombros para hacerla pedazos contra las piedras.

Hacia la hora de ponerse el sol, examinóse de nuevo y se halló casi loco. La tempestad que duraba en él desde el instante en que perdió la esperanza y el deseo de salvar á la gitana, aquella tempestad no había dejado en su conciencia una sola idea recta, un solo pensamiento sano. En ella yacía su razón, casi enteramente destruída. No quedaban ya en su mente más que dos imágenes evidentes, la Esmeralda y el patíbulo; todo lo demás estaba en profunda obscuridad. Aquellas dos imágenes reunidas le presentaban un grupo espantoso; y cuando más fijaba en él la poca atención de que ya era capaz, más les veía crecer en una progresión fantasmagórica, una en gracia, en hechizo, en hermosura, en luz, la otra en horror; de modo que al fin le apareció la Esmeralda como una estrella, el patíbulo como un enorme brazo descarnado.

Lo singular era que durante todo aquel horrible tormento, no pensó seriamente en morir. El miserable

era así, amaba la vida; acaso detrás de ella veía realmente el infierno.

Avanzaba en tanto la noche; el sér vivo que duraba aun en él, pensó confusamente en volver á la catedral. Creíase lejos de París; pero habiéndose orientado, advirtió que no había hecho más que dar vuelta al recinto de la Universidad. La torre de san Sulpicio y las tres altas agujas de San Germán de los Prados se alzaban sobre el horizonte á su derecha; dirigióse hacia aquel lado. Cuando oyó el quién vive de los hombres de armas del abad en la almenada circunvalación exterior de San Germán, torció su camino, tomó un sendero que se le presentó entre el molino de la abadía y el hospital del villorrío, y al cabo de algunos instantes, hallóse en el Pré-aux Clercs. Célebre era aquel prado por los desórdenes que en él se prolongaban día y noche, lo que le constituía en verdadera hidra de los monjes de San Germán: «Quod monachis sancti Germani pratensis hydra fuit, clericis nova semper dissidiorum capita suscitantibus.» Temió el arcediano encontrarse allí á alguien, porque tenía miedo de todo semblante humano; acababa de evitar la Universidad, la aldea de San Germán, y no quería entrar por las calles si no lo más tarde posible. Siguió, pues el Pré-aux-Clercs, tomó el sendero desierto que le separaba del Dieu-Neuf, y llegó en fin á la orilla del río donde halló don Claudio un barquero que, por algunos dineros parisíes, le hizo subir la corriente del Sena hasta la punta de la ciudad, y le dejó en aquella lengua de tierra abandonada, donde el lector ha visto ya cavilar á Gringoire, y que se prolongaba hasta más allá de los jardines del rey paralelamente á la isla del Vaquero.

El monótono mecer del barco y el arrullo de las olas, habían en cierto modo embotado al desgraciado don Claudio. Luego que se alejó el barquero, quedó

estúpidamente en pie sobre la playa, mirando en frente de sí, y no viendo ya los objetos más que al trasluz de extrañas oscilaciones que le hacían de todo una especie de fantasmagoría. El cansancio de un gran dolor suele producir este efecto en el ánimo.

Habíase ya puesto el sol detrás de la alta torre de Nesle: era la hora del crepúsculo; el cielo estaba blanco, el agua del río estaba blanca. Entre aquellas dos blancuras, la orilla izquierda del Sena, sobre la cual tenía fijos los ojos, proyectaba su mole sombría, y cada vez más adelgazada por la perspectiva, hundíase en las brumas del horizonte como una negra torre. Toda ella estaba llena de casas de que sólo se distinguía la obscura superficie, fuertemente destacada en tinieblas sobre el fondo claro del cielo y del agua. Por una parte y otra empezaban á brillar en ellas las ventanas como agujeros de brasa. Aquel inmenso obelisco negro, aislado así entre las dos masas blancas del cielo y del río; muy ancho en aquel sitio, produjo en don Claudio un efecto singular, comparable á lo que sentiría un hombre que tendido de espaldas al pie del campanario de Strasburgo mirase la enorme aguja hundirse sobre su cabeza en las penumbras del crepúsculo: solamente que en este caso don Claudio estaba en pie, y el obelisco caído; pero como el río, reflejando el cielo, prolongaba el abismo debajo de él, el inmenso promontorio parecía tan audazmente lanzado en el vacío, como cualquier aguja de catedral, y la impresión era la misma. Y aun aquella impresión tenía de singular, que lo que se veía era sí el campanario de Strasburgo, pero el campanario de Strasburgo de dos leguas de altura, una cosa inaudita, gigantesca, incomensurable, un edificio como ningún ojo humano lo vió jamás; una torre de Babel. Las chimeneas de las casas, las almenas de los muros, las talladas puntas de los techos, la aguja de los Agustinos, la torre de Nesle, todos

aquellos ángulos salientes que mellaban el perfil del colosal obelisco, aumentaban la ilusión representando caprichosamente á la vista las líneas de una escultura rica y fantástica. Claudio, en el estado de alucinación en que se hallaba, creyó ver con sus propios ojos el campanario del infierno, las mil luces derramadas sobre toda la altura de la espantable torre le parecían otras tantas puertas del inmenso horno interior; las voces y los rumores que se exhalaban de ella, otros tantos gritos de júbilo ó de agonía. Y entonces tuvo miedo, y se tapó con las manos los oídos para no oir, volvió la espalda para no ver, y se alejó á grandes pasos de la espantosa visión.

Pero la visión estaba en él.

Cuando volvió á entrar en las calles, los transeuntes que se codeaban á la luz de las tiendas, le parecían un eterno vaivén de espectros que iban y venían en torno de él; extraños sonidos retumbaban en sus oídos; singulares vértigos turbaban su mente; no veía ni la casas, ni el suelo, ni los carros que pasaban, ni los hombres, ni las mujeres, sino un caos de objetos indeterminados que se fundían por los bordes unos en otros. En la esquina de la calle de la Barillerie había una tienda de aceite y vinagre cuyo cobertizo estaba, según costumbre inmemorial, ornado en su circunferencia de aquellos aros de hojalata de que pende un círculo de velas de madera, que se chocan al impulso del viento sonando como castañuelas. Creyó don Claudio oir entrechocarse en la sombra el manojo de esqueletos de Montfauçon.

—Oh!—murmuró,—el viento de la noche loa impele unos contra otros y mezcla el choque de sus cadenas al choque de sus huesos! Acaso está ella ahí entre ellos!

Desesperado, no supo adonde iba; al cabo de algunos pasos, hallóse en el puente de San Miguel. Vió

una luz en la ventana de un piso bajo y se acercó á ella; al trasluz de una vidriera rajada, vió una sórdida estancia que despertó en su ánimo un confuso recuerdo. En aquella sala, mal alumbrada por una lámpara sucia, había un joven rubio y bien carado, de jovial fisonomía, que abrazaba con grandes carcajadas á una muchacha algo indecentemente equipada; y junto á la lámpara había una vieja que hilaba y cantaba al mismo tiempo con voz cascada. Como no siempre reía el muchacho, el canto de la vieja llegaba á pedazos hasta el sacerdote; era un canto ininteligible y atroz.

Gréve, ladra, Gréve, bulle!
Hila, hila, rueca mía,
Hila su cuerda al verdugo
Que silba en el patio.
Gréve, ladra, Gréve, bulle!

Hermosa cuerda de cáñamo!
Sembrad de Issy hasta Vanvre
Cáñamo y no trigo.
El ladrón no ha robado
La hermosa cuerda de cáñamo.

Gréve, bulle, Gréve, ladra!
Para ver á la ramera
En la horca legañosa,
Las ventanas son ojos.
Gréve, bulle, Gréve, ladra!

Y en tanto el joven reía y acariciaba á la moza. La vieja era la Falourdel; la moza una prostituta, y el joven era su hermano Juan.

Don Claudio siguió mirando; tanto valía aquel espectáculo como cualquiera otro.

Vió luego á Juan acercarse á la ventana que estaba

en el fondo de la estancia, abrirla, echar una ojeada sobre el muelle, donde brillaban á lo lejos mil ventanas iluminadas, y oyóle decir volviéndola á cerrar: —Por mi vida que ya se acerca la noche! La gente enciende sus velas y Dios sus estrellas.

Volvió luego Juan á la ramera, y rompió una botella que estaba sobre la mesa, exclamando:—Vacía ya, cuerno de buey! y ya no tengo dinero! Isabel, amiga mía, no he de estar contento de Júpiter, voto á tal, hasta que convierta esos dedos blancos en negras botellas donde mame yo vino de Beaune día y noche!

Esta ingeniosa chanzoneta hizo reir á la mozuela, y Juan salió á la calle.

No tuvo tiempo don Claudio más que para echarse al suelo á fin de no ser hallado, mirado de cara y reconocido por su hermano. Por fortuna la calle estaba obscura, y el estudiante borracho; sin embargo, vió al sacerdote tendido por tierra en el lodo.

—Oh! oh!—dijo:—este sí que la ha corrido buena hoy!

Meneó con el pie á don Claudio que retenía el aliento.

—Borracho perdido!—repuso Juan;—vamos, está llenito; verdadera sanguijuela desprendida de un tonel. Y es calvo, añadió agachándose; es un anciano! «Fortunate senex!»

Luego le oyó don Claudio alejarse diciendo:—Sin embargo, gran cosa es la sensatez, y mi hermano el arcediano hace muy bien en ser sabio y tener dinero.

Levantóse entonces el arcediano y corrió sin detenerse hacia Nuestra Señora, cuyas enormes torres veía alzarse entre la sombra por cima de las casas.

Cuando llegó jadeando á la plaza del Atrio, retrocedió sin atreverse á levantar los ojos sobre el funesto edificio.—Oh! exclamó en voz baja, y es posible que

haya pasado tal cosa aquí... hoy... esta misma mañana?

Decidióse por fin, y miró la iglesia; la fachada se destacaba sombría sobre un cielo tachonado de estrellas mil. La blanca luna que acababa de alzarse del horizonte, estaba prendida en aquel momento en la punta de la torre derecha, y parecía haberse posado, como un ave luminosa, en el borde de la balaustrada recortada en obscuros tréboles.

La puerta del claustro estaba cerrada; pero siempre llevaba consigo el arcediano la llave de la torre donde estaba su laboratorio, y de ella se sirvió en aquella ocasión para penetrar en la iglesia.

Halló en ella el arcediano una obscuridad y un silencio cavernosos. Al ver las grandes sombras que caían de todas partes en anchos pliegues, reconoció que aun no habían quitado los paños negros de la ceremonia de por la mañana. Brillaba en el fondo de las tinieblas la gran cruz de plata, salpicada de algunos puntos brillantes, como la vía láctea de aquella noche sepulcral. Las largas ventanas del coro mostraban por cima de la negra tapicería la extremidad superior de sus ovijas, cuyos pintados vidrios, atravesados por un rayo de luna, no tenían más que los dudosos colores de la noche, una especie de violado, blanco y azul, matiz que no se encuentra más que en el rostro de los muertos. El arcediano, viendo en derredor del coro aquellas tristes puntas de ovijas, creyó ver otras tantas mitras de obispos condenados, cerró los ojos, y cuando volvió á abrirlos, creyó ver delante de sí un círculo de rostros pálidos que le miraban.

Empezó entonces á huir por en medio de la iglesia, y parecióle que la iglesia también se mecía, se agitaba, se animaba, vivía; que cada macizo pilar, se convertía en una pata enorme que golpeaba el pavimento con su ancha base de piedra, y que la gigantesca cate-

dral no era más que una especie de elefante prodigioso que respiraba y andaba con sus pilares por pies, sus dos torres por trompas, y la inmensa colgadura negra por caparazón.

De modo que la fiebre ó la locura habían llegado á tal grado de intensidad, que el mundo exterior no era ya para el infeliz más que una especie de Apocalipsis, visible, palpable, espantoso.

Sintióse un momento aliviado: al internarse en los claustros laterales, vió detrás de un grupo de pilares un esplendor rojizo; voló hacia él el arcediano como hacia una estrella. Producía aquel claror la pobre lámpara que iluminaba día y noche el breviario público de Nuestra Señora bajo su enrejado de hierro. Precipitóse con ansia hacia el libro santo, esperando hallar en él algún consuelo, ó alguna confortación: el libro estaba abierto en este pasaje de Job, sobre el cual vagó su mirada fija: «Y pasando por delante de mí un espíritu, se erizaron los pelos de mi carne.»

A esta lúgubre lectura, sintió lo que siente el ciego que se desgarra las manos en la caña sobre que va á apoyarse: flaquearon sus rodillas, y se inclinó hacia el suelo pensando en la que había muerto en aquel mismo día. Sentía pasar y dilatarse en su cerebro tantos monstruosos vapores, que le pareció que su cabeza se había convertido en una de las chimeneas del infierno.

Parece que quedó largo rato en esta actitud, sin pensar en nada, abismado y rendido bajo la mano del demonio. Pero en fin recobró alguna fuerza, pensando en que iba á refugiarse en la torre, junto á su leal Quasimodo. Púsose en pie, y como tenía miedo, tomó para alumbrarse la lámpara del breviario. Hacerlo era un sacrilegio; pero no estaba el miserable para reparar en tan poca cosa.

Subió lentamente la escalera de la torre lleno de

un secreto espanto que debía propagar hasta á los escasos pasajeros del atrio, la misteriosa luz de su lámpara deslizándose tan tarde de tronera en tronera hasta lo alto del campanario.

De pronto sintió en su rostro alguna frescura. El aire era frío; el cielo arrastraba inmensas nubes, cuyas anchas masas pasaban unas por cima de otras aplastándose por los ángulos y figurando el deshielo de un río en invierno. El arco de la luna, cogido entre las nubes, parecía una nave celeste encallada en aquellos carámbanos del aire.

Bajó los ojos y contempló un momento entre la reja de columnillas que une las dos torres, á lo lejos, al trasluz de una gasa de nieblas y de humo, la silenciosa muchedumbre de los techos de París, agudos, innumerables, apiñados y pequeños como las olas de un mar sereno en una noche de verano.

La luna despedía un rayo moribundo, que daba al cielo y á la tierra un matiz ceniciento.

Alzó en aquel momento el reloj su voz aguda y cascada; dieron las doce de la noche y el sacerdote pensó en las doce del día, en aquella hora terrible que tornaba.—Oh! murmuró en voz imperceptible, ahora ya estará fría!

De repente una bocanada de viento apagó su lámpara y casi al mismo tiempo vió el sacerdote aparecer en el ángulo opuesto de la torre una sombra, una cosa blanca, una forma, una mujer. Estremecióse el infeliz: al lado de aquella mujer iba una cabrita que mezclaba su balido á los últimos toques del reloj.

Tuvo fuerza para mirar.—Era ella.

Estaba pálida y sombría; caían sus cabellos sobre su espalda, como por la mañana, pero no llevaba una cuerda al cuello, ni tenía las manos atadas; estaba libre, estaba muerta.

Iba vestida de blanco, y llevaba un velo blanco en la cabeza.

Dirigíase hacia él lentamente y mirando al cielo; la cabra sobrenatural la seguía. Sentíase el miserable como si fuera de piedra y no podía huir; á cada paso que daba ella hacia adelante daba él uno hacia atrás, y esto es todo lo que podía hacer: de este modo penetró en la obscura bóveda de la escalera. Horrorizábale la idea de que ella acaso iba á entrar allí también; si lo hubiera hecho, el infeliz hubiera muerto de terror.

Llegó en efecto la fantasma á la puerta de la escalera, paróse en ella algunos instantes, miró la sombra con ojos fijos, pero sin ver en ella al sacerdote y pasó adelante. Parecióle al arcediano más alta que cuando vivía; vió la luna al trasluz de su blanco velo, y oyó su respiración...

Y luego que hubo pasado, empezó á bajar la escalera con la lentitud que había visto en el espectro, creyéndose espectro él mismo también, delirante, los cabellos erizados, con la lámpara apagada en la mano; y mientras bajaba las gradas en forma de espiral, oía claramente una voz que reía y repetía en sus oídos:... «Y pasando por delante de mí un espíritu, se me erizaron los pelos de mi carne.»

II

Jorobado, tuerto, cojo

Toda ciudad en la edad media, y hasta en tiempo de Luis XII, toda ciudad en Francia tenía sus lugares de asilo. Eran estos, en medio del diluvio de leyes penales y de jurisdicciones bárbaras que inundaban la ciudad, unas especies de islas que se alzaban sobre el nivel de la justicia humana: el criminal que abordaba á ellas,

quedaba salvo. Había en cada distrito casi tantos lugares de asilo como lugares patibularios, lo que constituía el abuso de la impunidad junto al abuso de los suplicios, dos cosas malas que querían neutralizarse una por otra. Los palacios del rey, los de los príncipes, las iglesias sobre todo, tenían derecho de asilo; á veces cuando había necesidad de volver á poblar una ciudad entera, hacíasela temporalmente lugar de refugio: Luis XI hizo *asilo* á París en 1467.

Puesto un pie en el asilo, el criminal era sagrado; pero era preciso que se guardase muy bien de salir de él: si daba un paso fuera del santuario, adiós impunidad. La rueda, el patíbulo, la tortura, hacían centinela en derredor del lugar de refugio, y espiaban sin cesar su presa como los tiburones en torno de un buque. Muchos reos se han visto encanecer de este modo en un claustro, en la escalera de un palacio, en el jardín de una abadía, en el pórtico de una iglesia; de este modo el asilo era una prisión como otra cualquiera. Acontecía á veces que una determinación solemne del parlamento violaba el refugio y restituía el reo al verdugo; pero esto era muy rara vez. Los parlamentos se desavenían con los obispos, y entonces no salía bien librada la toga de su refriega con la sotana. A veces, sin embargo, como en el negocio de los asesinos de Petit-Jean, verdugo de París, y en el de Emery Rousseau, asesino de Juan Valleret, saltaba la justicia por cima de la iglesia, y no se paraba en la ejecución de sus sentencias; pero á menos de un decreto del parlamento, ay del que violase á mano armada un lugar de asilo! Muy conocidas son las muertes de Roberto de Clermont, mariscal de Francia, y de Juan de Chalons, mariscal de Champaña; y eso que no se trataba mas que de un cierto Perrin Marc, mozo de un cambista, un miserable asesino, pero los dos mariscales habían

echado abajo las puertas de san Mery, y eso era una enormidad.

Tal respeto inspiraban los refugios, que según cuenta la tradición, no eran insensibles á él ni aun los mismos animales. Refiere Aymon que habiéndose refugiado junto al sepulcro un ciervo acosado por Dagobert de San Dionisio paróse de pronto ladrando toda la jauría.

Las iglesias tenían por lo general una estancia preparada para recibir á los suplicantes. En 1407 les hizo edificar Nicolás Flamel, sobre las bóvedas de Santiago de la Boucherie, un cuarto que le costó cuatro libras, seis sueldos, diez y seis dineros parisíes.

Era el lugar de asilo en Nuestra Señora una celdilla establecida sobre los techos de las galerías bajo los botareles, en frente del claustro, precisamente en el sitio donde la mujer del actual conserje de las torres se ha preparado para su recreo un jardinillo, que es á los pensiles de Babilonia lo que una lechuga á una palmera, lo que una portera á Semíramis.

Allí fué donde después de su marcha desenfrenada y triunfante sobre las torres y las galerías, Quasimodo había depositado á la Esmeralda. Mientras duró aquella carrera, no había podido la hermosa volver en sí; estaba medio aletargada, medio despierta, no sintiendo ya nada sino que subía por el aire, que flotaba, que volaba en él, que alguna cosa la levantaba por cima de la tierra: de cuando en cuando oía las sonoras carcajadas, la voz tonante de Quasimodo; entreabría los ojos, y entonces debajo de ella, veía confusamente á París listado de sus mil techos de tejas y de pizarra como un mosaico colorado y azul, y encima de su cabeza, el rostro horrible y gozoso de Quasimodo. Entonces cerraba sus párpados, creía que todo había acabado ya, que durante su desmayo la habían matado, y que el disforme espíritu que había presidido á su destino se había apoderado de ella y se la llevaba. No se atrevía á mirarle y se dejaba llevar.

Pero cuando el campanero, rendido y jadeando la hubo depositado en la celda de refugio, cuando sintió sus ásperas manos que desataban suavemente la cuerda que la desollaba los brazos, recibió la Esmeralda aquella especie de sacudida que despierta sobresaltados á los pasajeros de un buque que se encalla en medio de una noche obscura: sus pensamientos se despertaron también y volvieron uno á uno á su memoria. Vió que estaba en Nuestra Señora; acordóse de haber sido arrancada de manos del verdugo; de que Febo vivía, de que Febo ya no la amaba, y estas dos ideas, una de las cuales derramaba sobre la otra tanta amargura, presentándose juntas á la pobre gitana, hiciéronla volverse hacia Quasimodo que estaba en pie delante de ella y que la metía miedo, y decirle con energía:

—Por qué me habéis salvado?

Miróla él con angustia, como procurando adivinar lo que le decía: repitió ella su pregunta y entonces la echó él una mirada profundamente triste y desapareció.

Atónita quedó la Esmeralda.

Al cabo de algunos momentos volvió Quasimodo trayendo un lío que puso á los pies de la gitana en que había algunos vestidos que dejaron para ella en los umbrales de la iglesia unas mujeres caritativas. Miróse ella entonces, vióse casi desnuda, y se puso encendida: recuperó entonces la vida.

Pareció comunicarse á Quasimodo algo de aquel pudor; cubrióse los ojos con su ancha mano, y se alejó por segunda vez, pero á pasos lentos.

Vistióse ella precipitadamente aquellas ropas, que eran un traje de novicia del hospital de la caridad, un hábito blanco y un velo también blanco.

Acababa apenas de vestirse cuando vió volver á Quasimodo que traía una cesta bajo un brazo y un

colchón debajo del otro: había en la cesta una botella, pan y algunas provisiones. Puso la cesta en el suelo, y dijo:—Comed.—Luego extendió el colchón sobre las losas, diciendo:—Dormid.—El campanero la traía su propia cama y su comida.

Alzó los ojos hacia él la gitana para darle las gracias; pero no pudo articular una palabra; el pobre diablo era realmente horrible. Bajó la cabeza estremeciéndose profundamente.

Entonces le dijo:—Os causo miedo. Soy muy feo, no es verdad? pero no me miréis, escuchadme solamente. Durante el día, os quedaréis aquí; de noche podréis pasearos por toda la iglesia. Pero no salgáis de la iglesia ni de día ni de noche, porque seríais perdida; os matarían, y yo moriría.

Conmovida, levantó la cabeza para responder; pero ya había él desaparecido. Volvió á encontrarse sola, pensando en las singulares palabras de aquel sér casi monstruoso, y asombrada del sonido de su voz, que era tan ronca y sin embargo tan dulce.

Luego examinó ella su celda, que era una estancia como hasta de seis pies cuadrados, con una pequeña ventanilla y una puerta sobre el plano ligeramente inclinado del techo de piedra: muchas canales que representaban figuras de animales, parecían inclinarse en torno de ella y alargar el pescuezo para verla por la ventana. En el borde de su techo, veía las cimas de mil chimeneas coronadas de humo; triste espectáculo para la pobre gitana, sola en el mundo, condenada á muerte, desdichada criatura, sin patria, sin familia, sin hogar.

En el momento en que se le apareció así más aciaga que nunca la idea de su aislamiento, sintió una cabeza vellosa y barbuda deslizarse entre sus manos sobre sus rodillas; estremecióse (ahora todo la asustaba) y miró; era la pobre cabrita, la ágil Djali que se

había escapado detrás de ella cuando Quasimodo dispersó la comitiva de Charmolue, y que se deshacía en caricias á sus pies hacía ya cerca de media hora, sin poder obtener ni siquiera una mirada. La gitana la cubrió de besos:—Oh! Djali, decía, cómo he podido olvidartel con que siempre te acuerdas de mí! Oh! tú no eres ingrata, no! Al mismo tiempo, como si una mano invisible hubiese removido el peso que comprimía sus lágrimas hacía tanto tiempo en su corazón, se hechó á llorar, y á medida que corría su llanto, sentía que se iba con él lo más acre y amargo de su dolor.

Cuando llegó la noche, parecióle esta tan bella, la luna tan suave, que salió á dar una vuelta por la alta galería que rodea á la iglesia, con lo que sintió algún alivio: tan serena le pareció la tierra, vista desde aquella altura!

III

Sordo

Al dispertarse á la mañana siguiente, advirtió que había dormido; cosa singular que la asombró; tanto tiempo hacía que ignoraba lo que es dormir! Un bello rayo del sol naciente entraba por la ventanilla y la daba en el rostro; al mismo tiempo que vió el sol, vió en aquella ventana un objeto que la aterró, la triste figura de Quasimodo. Cerró los ojos involuntariamente, pero en vano, porque siempre creía ver al trasluz de sus rosados párpados aquella cara de gnomo, tuerto y mellado; entonces, mientras tenía los ojos cerrados, oyó una voz áspera, voz que decía con mucha dulzura:—No tengáis miedo, soy vuestro amigo. Había venido á veros dormir, no es verdad